

www.elboomeran.com

Gonzalo Maier

Material rodante

editorial  minúscula
BARCELONA

© 2015 Gonzalo Maier

© 2015 Editorial Minúscula, S. L.
Sociedad unipersonal
Av. República Argentina, 163 - 08023 Barcelona
minuscula@editorialminuscula.com
www.editorialminuscula.com

Primera edición: mayo de 2015

Diseño gráfico: Pepe Far
Fotografía de la cubierta: © Dieter Meyrl

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona
Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-943539-3-2
Depósito legal: B-11.921-2015

Printed in Spain

La aventura es señal de incompetencia

Roald Amundsen

El deporte es para optimistas. Supongo que a los niños les repiten eso apenas se inician en el fútbol o, por decir algo elegante, en la esgrima. Basta comprender la tele y ver a dos tipos corriendo tras una pelota, o a un húngaro flacuchento intentando nadar más rápido que Michael Phelps, para convencerse de que el deporte es la culminación última y delirante de cualquier forma de inocencia y amor propio.

El asunto, más allá de una improvisada meditación deportiva, es que últimamente llego tarde a todas partes. Durante las mañanas, por ejemplo, me pilló corriendo detrás del tren en el que voy al trabajo. Es ridículo y agotador. Por más que intente lo contrario, llego a la estación, le echo un vistazo rápido al reloj y, con resignación, me repito que llegado a ese punto todo se trata de estar en forma y de

intentarlo con más ganas. Y sin saber muy bien cómo, ya estoy corriendo una vez más, tratando de subir volando por las escaleras, saltando de a tres peldaños en tres peldaños, pasando entremedio de esa gente que nunca tiene ningún apuro, que misteriosamente siempre llega a tiempo.

El optimismo, sobre todo en momentos como esos, parece un simple efecto colateral de las endorfinas: seguro que el conductor esperará, me digo. Y la próxima vez sí que me levantaré más temprano, sin duda, pero en ese instante, por quincuagésima vez y pese a la evidencia, me convenzo de que falta solo un paso más, otro más.

La niña que hoy revisaba los boletos era hermosa y estricta. Además tenía los ojos grandes y los abrió mucho cuando pidió que le mostrara mi tarjeta de descuento. Los puso así, como dos huevos fritos. En ese momento, cuando tuve que buscar torpemente el pedazo de papel dentro de la billetera, no supe muy bien cómo interpretarlo, pero ahora me doy cuenta de que he gastado casi todo el viaje pensando en su curiosa petición.

O tal vez solo en ella.

Apostaría a que es nueva. A fin de cuentas la rigidez —casi en cualquier cosa— es propia de los debutantes. De seguro en la Academia de Cortadores de Boletos aprendió que los pasajes con descuento debían ser confirmados y quiso confirmar el mío. Claro que por un momento, cuando estuvo allí al frente con su uniforme gris, a diez o quince centímetros de mis narices, no caí en cuenta de que era una revisora. Durante ese par de segundos que siempre se hacen muy largos, creí que me diría otra cosa, que la conocía de alguna parte, que se sentaría a mi lado, que los viajes efectivamente ofrecen vidas paralelas, oportunidades únicas que no se darán en otras partes.

En los viajes, por más que los haya repetido mil veces, uno siempre esconde la fantasía de que no solo el paisaje será nuevo, sino la gente y en una de esas uno mismo. Que por estar en Moscú o en Puerto Saavedra se descubrirán verdades inmensas que en general no se ven por culpa de un vecino insoportable o porque el camino que tomamos cada día para ir al trabajo es tan aburrido como el béisbol.

Al final nunca es así, pero los viajes ofrecen esperanza y supongo que por eso hay tanto adicto a armar las maletas y salir corriendo. De hecho, quizá no haya literatura más fantástica y optimista que la publicada por Lonely Planet. En todo caso, ahora que el tren avanza por una pequeña ciudad llamada Oss, me digo que lo curioso de este recorrido, su principal gracia, es que no hay novedad. Es siempre igual. Calcado. Pasan años, presidentes, guerras y cortes de pelo, pero este viaje que repito todas las semanas, desde hace ya un par de años, es siempre el mismo. No hay paisajes ni países nuevos, pero en cualquier detalle, por mínimo que sea, incluso en la sonrisa falsa de la revisora de boletos, sigue intacta la posibilidad de romper la costumbre, lo normal. En otras palabras, de salir realmente de viaje.

Al comienzo no me atrevía a abrir las puertas. No sabía cómo hacerlo. Me quedaba allá atrás, en medio del pasillo, y cuando el tren estaba a punto de detenerse, aprovechaba para estirar el cuello y memorizar cómo se hacía. Claro que no había misterios ni la más mínima ciencia: era una puerta común y

corriente. Pero yo era tan porfiado como un aprendiz de taichi y durante meses me quedé siempre al fondo, preparando la imitación perfecta. Por eso hoy, cuando encuentro turistas que dudan frente a las puertas cerradas, me acerco y las abro con un orgullo idiota, un poco como el dueño de casa que les muestra a sus invitados la remodelación del baño.

En un ensayo acuoso y con olor a humedad, Joseph Brodsky decía que el mimetismo es la moneda más preciada de todo viajero. Durante su primera estancia en Venecia, ciudad a la que volvería todos los años y en la que más tarde sería enterrado —y ser enterrado en Venecia es más o menos como no ser enterrado—, iba vestido como él creía que se vestían los italianos. Es decir, en blanco y negro, como en las películas de Antonioni. Idealmente con el pelo bien engominado y con un cigarro MS colgando de los labios con calma y parsimonia.

Mientras afuera el campo se acostumbra a la primavera, me autoevalúo a ver cuánto me mimetizo y qué película trato de representar. Pero después de pocos minutos me parece que la de Brodsky no

es una pregunta para mí. A fin de cuentas este no es un viaje hacia un destino desconocido, sino la repetición de uno. O en el mejor de los casos un viaje en capítulos interminables que se inicia en un país y termina en otro, un viaje que en realidad parece un mantra lento y extranjero como esos que repiten por las mañanas las monjas que están en un monasterio cerca de Limache.

El punto de partida es Lovaina (Leuven en holandés y Louvain en francés), una vieja ciudad universitaria de monjas y curas que está casi en el centro de Bélgica, y el punto de llegada es Nimega (Nijmegen), la capital jipi de Holanda. Son 180 kilómetros que he recorrido más o menos trescientas setenta y seis veces, en un sentido y en otro, y todavía no se me ocurre qué marca de cigarrillos comprar o qué chaqueta escoger para pasar desapercibido. Aunque lo más probable es que la respuesta para tanta indecisión esté en otra parte.

Decía Cees Nooteboom, el escritor holandés, que su Japón es un Japón de libros. Uno que fue construyendo en su cabeza gracias a películas, a fotos, a novelas y al siempre generoso paso del tiempo.

Un Japón, por cierto, que tal vez no tiene nada que ver con el Japón real, ese que se encuentra en las calles de Shibuya o de Sapporo, pero que mal que mal es su Japón.

Quizá con estos países planos pasa exactamente lo contrario. Mi Holanda no es una Holanda que haya descubierto leyendo novelas ni echado sobre las butacas de un cine, forjada como la imagen que cualquiera nacido en los años ochenta debe de tener — por decir algo evidente— de Nueva York, sino una Holanda estrictamente personal y privada. Una que me dedico a inventar arriba de un tren, aprendiendo a comer pan con queso gouda y a usar impermeables. Tal y como si este viaje fuera una novela. Una novela que no parece novela, tal como mi Holanda no se parece ni siquiera un poco a Holanda.

Como por las mañanas soy muy conservador, prefiero leer diarios. Si tuviera que explicarme diría que es una decisión práctica y concienzudamente pensada: son breves, baratos, fáciles de doblar, uno se entrena en esa lengua rara y hasta traen chistes. Pero quizá no sea más que una decisión sentimental

y romántica, un poco adolescente, anclada en el gusto por encontrar malas noticias —toda noticia bien lograda siempre será una mala noticia— o en el goce infinito de avanzar rápido las páginas y quedar con los dedos levemente manchados con tinta fresca. De chiripa uno se entera de qué hizo Lionel Messi durante el fin de semana o aprovecha los márgenes para garabatear una improvisada lista de supermercado.

En general, durante la mañana los vagones están llenos de diarios que los pasajeros han ido dejando más por las ganas de deshacerse de ellos que por haberlos olvidado. A buenas y primeras reconozco *De Pers*, *Metro*, algún *Le Soir* o *Volkskrant* dejado a su suerte y *Spits*. Este último en la portada de hoy lleva la foto de un par de conductores de la NS, es decir del mismo tren en el que escribo esto, fumando pitos con su uniforme azul en un oscuro *coffee shop* capitalino, muy cerca, dicen, de la estación central de Ámsterdam. En la imagen, que es particularmente borrosa, se ve a tres o cuatro tipos fumando durante un descanso y, según dice el pie de foto, antes de volver a manejar el tren. De repente lo único que

uno puede preguntarse —y tal vez es la única pregunta pertinente— es qué tanto conduce un conductor de tren. Una pregunta, por cierto, que me repito odiosamente cada vez que subo a un avión.

¿Cuánto pilotea un piloto?

Cuando uno pregunta este tipo de cosas tan pesadas, en una comida o en el cumpleaños de un amigo, más temprano que tarde alguien dice que los aviones, tal como el metro o los trenes, se manejan solos. Que es un computador el que lo hace todo y que el tipo que está parado en el primer vagón o en la cabina del piloto es un bueno para nada que confirma que todo esté en orden. Algo así como un inspector que controla a los niños que juegan en el patio del colegio. Hay algunos a los que esa explicación los tranquiliza. Tal vez han visto pocas películas o jamás han intentado imprimir algo —cualquier cosa— a última hora, confirmando cómo esa máquina infernal se niega caprichosamente a funcionar. A mí la opción del automatismo me deja helado, aterrado de viajar gracias a la voluntad de ceros y unos que huelen a WD40 y azufre. «No hay dudas —me dijo esa misma tarde mi amigo Carlos

cuando le comenté la noticia—, siempre será mejor que un tren huela a marihuana.»

Nos separaban solo quince metros y una ventana. Como no era gran cosa, aproveché para mirarla sin pudor ni vergüenza, de arriba abajo y sin creérmelo mucho: era una araucaria calcada a las que vi mil veces en los bosques del sur de Chile. Tenía las ramas como paraguas invertidos, apuntando hacia el cielo, pero el único detalle fuera de lugar —y en los detalles vive el diablo— es que el árbol no estaba en medio de un bosque en Coñaripe ni en una de esas tristes plazas de provincia, sino en Etten-Leur, una ciudad perdida en el interior de Holanda.

Una araucaria en Holanda. A mí me sonaba raro y exótico, como una historia forzada y un poco fantástica. Esa noche, cuando volví a casa, comí un sándwich de atún y me quedé pensando en las famélicas y ridículas posibilidades de que una araucaria llegara a cualquier otra parte que no fuera una ciudad medio despoblada del sur de Argentina o Chile. Quizá todo era obra de un exiliado nostálgico, me dije buscando una explicación, o de un amante algo

posmo de la jardinería, un tipo que tenía muchas ganas de brillar frente a sus vecinos.

Al rato, mientras lavaba los platos con las luces apagadas, dejando que únicamente los postes de allá afuera iluminaran la cocina, ignoraba que por primera vez no encontraría una buena respuesta en Google y que no sacaría nada con buscar y buscar entre páginas y foros de especialistas a ver si encontraba cómo fue que el árbol que sorprendía a los conquistadores españoles, el mismo que las machis usaban para sus guillatunes, terminó en el patio de una casa holandesa.

Entonces, cegado por una obsesión un poco ridícula —nunca he tenido mayor interés en los mapuches y, en general, las culturas (aborígenes o no) y los discursos nacionalistas me aburren tanto que corro el peligro de morir atorado a bostezos—, encargué tres libros de historia de la botánica por The Book Depository y me fui a dormir con la sensación absurda del deber cumplido.